

Nelson Francisco Muloni

Aquella antigua luz

— *Poemas* —



SMA
ediciones



“La vida para Muloni es lo que escribe, no lo que sueña o imagina y le da armas al lector para que intuya eso, no en tono dramático; su expresión es viva y rica, porque deshoja sus tesoros para hacerlos transparentes, solo visibles en el descubrimiento del poema...”

Raúl Eduardo Rojas



Nelson Francisco Muloni

Aquella antigua luz



Poemas

Muloni, Nelson Francisco

Aquella antigua luz / Nelson Francisco Muloni. - 1a ed. - Salta : SMA Ediciones, 2015.

94 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-45348-1-1

1. Poesía. 2. Literatura de la Provincia de Salta . 3. Poetas. I. Título.
CDD A860

Aquella antigua luz

Poemas de Nelson Francisco Muloni

Fotografía de tapa: NFM

Fotografía de contratapa: Leandro N. Muloni

Fotografías de páginas 27 (*El hambre*); 43 (*Rojo, gris, azul y sombra*), y 81 (*El día*): Alejandro Jesús Ahuerma

Fotografías de páginas 51 (*Soneto a mi padre*) y 75 (*Encendido sol*): NFM

Diseño y diagramación: Sergio Álvarez

Impresión: Editorial Milor Talleres Gráficos - Mendoza 1221 - Salta (RA)

Hecho el depósito que establece la ley 11.723

Impreso en Argentina / Printed in Argentina

Todos los derechos reservados

Dedicatorias

A mis amigos, con quienes crecí y aprendí en cada
tiempo, en cada gesto,
con todas o ninguna palabra.

A mis hijos y nietos, por cubrirme de cercanías
incluso en las ausencias.

A la memoria de mis padres,
Elsa y Ricardo, hacedores amorosos
de mi infancia y de mis sueños.

A Silvia, por sostener mis manos y mis latidos.

Las líneas de un poeta

*“Mi oficio es este clamor
en que sube el acento y el adverbio”*
N.F.M.

¿Qué hay en un poema que no se haya dicho en otro? ¿Cómo, en él, una experiencia que es única e irrepetible, mueve las fibras más íntimas del otro, como para sentirse plenamente identificados con lo que dice el poema?

Creo, por eso, que el lector es el que en definitiva realiza el poema, le da o no estatura humana. Nelson Muloni nos propone aquí una visión de su mundo interior; y utiliza, para ese fin, una modestia verbal donde la escritura se desarrolla a sí misma casi imperceptiblemente, con economía de efectos (que las más de las veces ensucian el poema) y con un discurso narrativo casi gris, para explotar, no en las líneas del poema sino en los sentidos del lector.

*“Soy el que asoma
a destejer
la lentitud del manzano...”*

La vida para Muloni es lo que escribe, no lo que sueña o imagina y le da armas al lector para que intuya eso, no en tono dramático; su expresión es viva y rica, porque deshoja sus tesoros para hacerlos transparentes, solo visibles en el descubrimiento del poema.

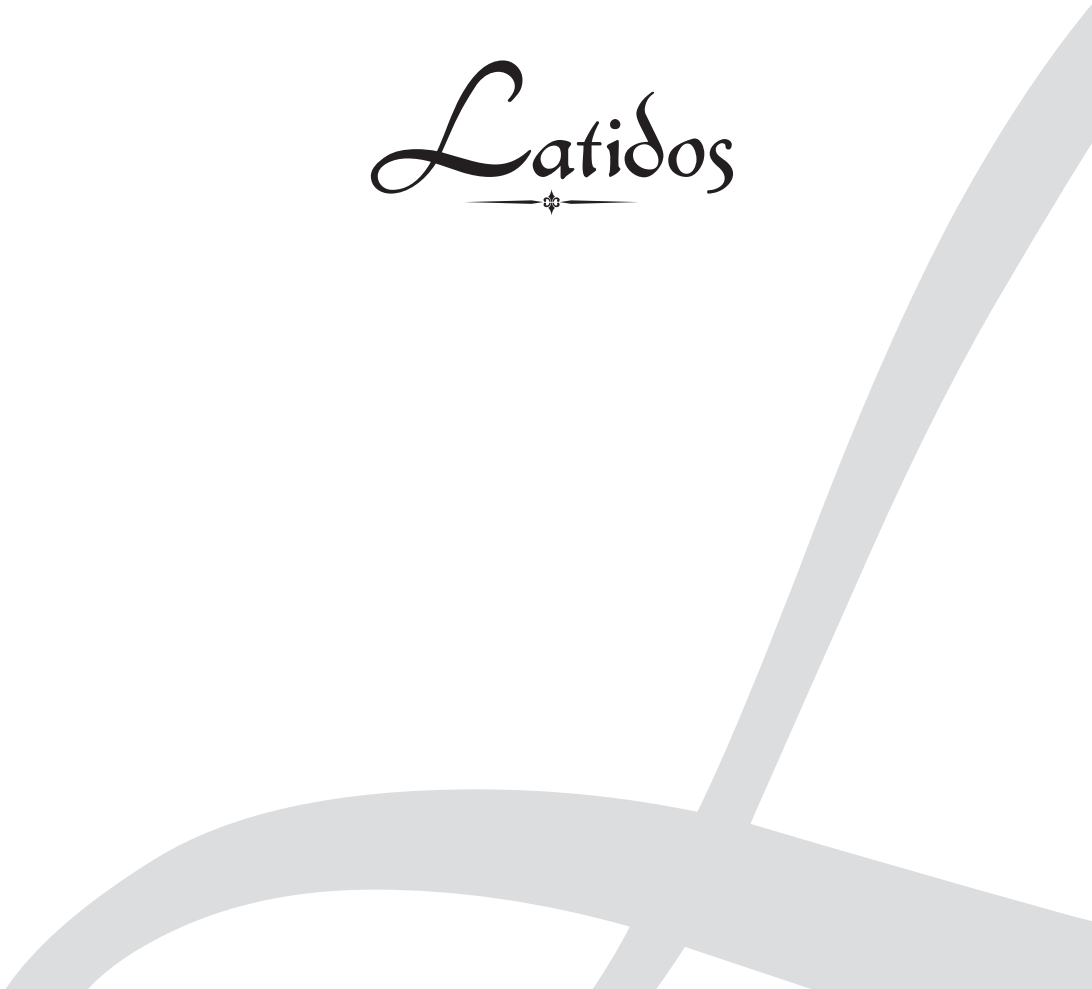
*“Nadie supo avisarme que los huesos
iban a ser cenizas
y que en la piel del árbol que envejece
no iba a ser el cogollo
más que una pluma de lágrimas...”*

Por lo demás, no sé si hay poemas perfectos, una precisa y armónica forma de crearlos; sé que algunos sobreviven, que hay libros que sobreviven, y que hacen a sus autores inmortales. La tristeza y la nostalgia son una constante en estos versos y sin embargo son celebratorios, altos cantos al futuro, con la esperanza de perdurar en el tiempo para el gozo o la lágrima de quienes se reconozcan en ellos.

Sí, he leído con placer este libro, tanto como para decirle a mi amigo, que hay poemas que sobresalen por su propio peso, por su clara factura, y que apuesto mi fe por ellos (qué otra validez, en estos asuntos, podría tener una opinión como la mía, si no es por cierta impunidad que me da el afecto). Me parece que en la primera parte asoman nítidamente “*Dos de Noviembre*” y “*Niño*”. En los sonetos; “*El pan amanecido*” y “*Soneto a mi padre*”. De la tercera parte rescato “*Así te quiero*” sin que estos descalifiquen a los otros. Todos integran un sólido mensaje, la presencia de un poeta... ¡Y vaya si eso no es un hallazgo!

Raúl Eduardo Rojas
Salta; Setiembre de 2015

Latidos

A decorative flourish consisting of a horizontal line with a small diamond-shaped ornament in the center, positioned below the word "Latidos".

Mi oficio

Mi oficio es este clamor
en que sube el acento
y el adverbio
se me enreda en la estirpe
de cada sensación
con que respira la sangre
de los que me engendraron.

Soy,
acaso,
un trashumante de la dedicatoria
resumido en la conjugación
del alba.

O el sedentario de un sustantivo
puesto en el folletín
de mañanas sin luces.

O el arcángel
de un soliloquio
sin Ave María,
anunciador de penas
y horizontes desnudos.

Pero soy el de este oficio y vengo
a caminar por las baldosas

de mi vereda
con la cuota de un verso
en bandolera

y un latido
en el ritmo de los cielos.

Edad

Tengo la edad del alma que derrama
apenas una gota
sin verano.

Soy yo mismo la puerta que cierro
en cada madrugada,
la ventana que cruje
por mis manos
y el libro enternecido en mi mirada
húmeda de fatigas
y de tiempos.

Tengo esa edad
del que huele las uvas
y arrulla la albahaca
temprana de diciembre.

Soy el que asoma
a destejer
la lentitud del manzano.

Soy el que he sido
y soy el que camina
mirándose el desgajo de la sombra

en el último asfalto
de esta edad que no tengo.

El barco

No es el barco el que se hunde
en el alma del río
sino el tango olvidado que sostengo
con la mano de mi padre.

En el puerto del hombre
no quedan lejanías.

Lo miro
desde la inevitable tozudez de su tiempo.

Su presencia en la mía,
su estatura en mi infancia
son parte de ese tango
que se hunde,
que gime,
que golpea
en el brillo del adoquín nocturno

para seguir siendo

aquella última luz
del barco anclado.

Doce de noviembre

Hermano:
se han muerto los abuelos y la madre,
los tíos de la infancia y algunos amigos
de pupitre olvidado.

Se han ido yendo, nomás, con las neblinas
en las que labramos las ausencias.

Te digo, hermano, que se han muerto
justo cuando entendimos
que la leche y el pan eran el beso
que empinaba los sueños.

Quedan, apenas, las hechuras
de días fatigosos,
sin techumbre,
sin manos extendidas en el patio
tomándonos la urgencia de la vida.

Ya se han muerto, hermano, y es el tiempo
de todas las distancias.

Es momento de abrir
en la piel de los años
la última furia de la sangre
que fue nuestra frontera,

arribar a la casa,
besar a la mujer y arropar a los hijos,

y llegarnos, hermano,
con la flor de la tarde,
a otro dos de noviembre.

Las últimas pisadas

Porque el río, en Tilcara,
tiene sabor a infancia.

Recorre, con su anchura,
el recuerdo de juegos en las aguas,
besándole los musgos al silencio
de los muros de piedra
y cemento caliente.

Un griterío niño
recorre por las calles hacia el río
cruzando el totoral,
saltando por la acequia,
en la olvidada
exactitud del aire.

No hay sol que no alumbre en las arenas
las ardientes pisadas.

Es que el río, en Tilcara,
tiene sabor a infancia.

El bolsillo

En el bolsillo roto que ha cosido mi hija
he dejado la olvidada moneda
del salario vacío
que, en el hambre,
me abatió los latidos.

No pude remediar los dolores
ni la hierba seca.

Apenas he logrado
enseñar a sufrir.
y aprender que en un soplo de vida,
comenzó cada muerte.

Yo besé a mi madre
y mi hija me besó

después de haber cosido mi bolsillo.

Niño

Yo fui ese niño
de rodillas con tierra
y ojos desmesurados.

Fui fundador del río y sus tristezas,
portador de bolsillos
(guardidas de las migas)
y alentador de cedrones
secos
en los mates de plata.

Fui,
cuando pude,
el que trepaba el viento
en la plaza sin nombre.

Tuve mis lágrimas contenidas
y a mis tristezas
les busqué los caminos de los tiempos.

Creí
(porque creí)
que el musgo
era, del terciopelo, mi ternura
crecida en los ladrillos

del patio de mi abuelo,
arrinconando geranios
y manzanillas.

Olí las últimas flores
que llevaron mis muertos
y rocié con ellas
el vasto cementerio
de todas mis ausencias.

Supé que yo mismo era mi sombra,
que ese niño que fui ya no sería
y que el sol enceguece
cuando muere.

Yo fui ese niño,
tremendo de tristezas

y soy, apenas,
el niño que no he sido.

El hambre

No vuelvas a pedir
que dios me bendiga.

Él no cree en mí
y yo,
con el hambre por las vísceras,
me esfuerzo en no creer en él.

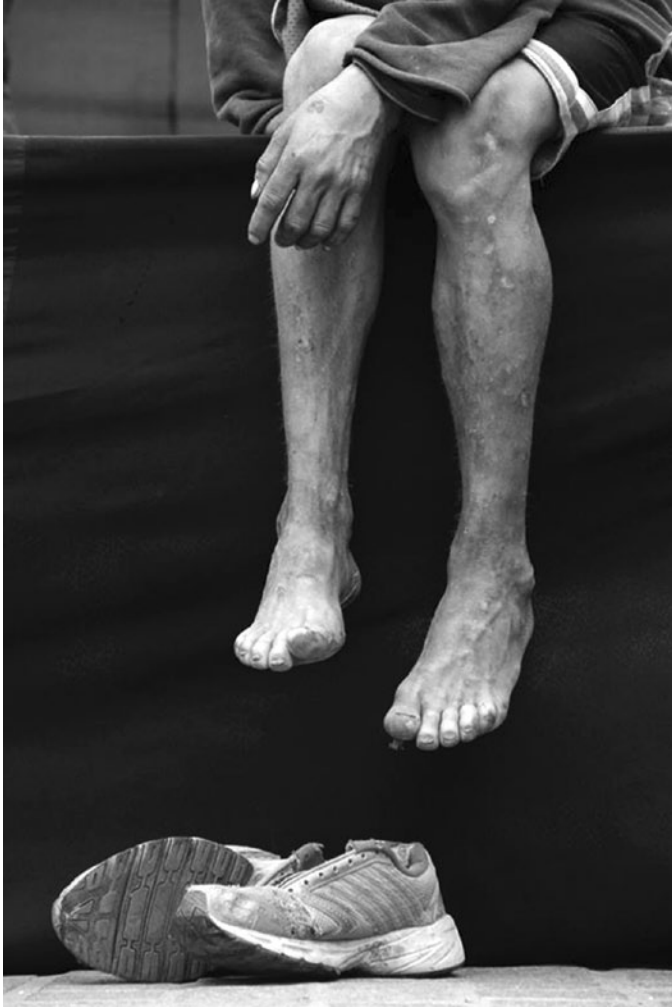
Soy, apenas,
la alquimia de la miseria
y me enrosco en el olivo
en el que soy,
con penas,
un líquen palpitante.

No,
no pidas que me bendiga dios
ni que me alumbre el sol.

Déjame en este infierno en el que existo,
con los ángeles dolidos de las tumbas
y con las estaciones de mi infancia.

No pidas bendiciones que no quiero
ni merezco.

Sólo dame,
del hambre,
algún consuelo.



*“Soy, apenas,
la alquimia de la miseria...”
(El hambre)*

Pena

Nadie supo avisarme que los huesos
 iban a ser cenizas
y que en la piel del árbol que envejece
no iba a ser el cogollo
más que una pluma de lágrimas.

Digo, entonces,
que no había senderos en las pieles
 sino anhelos
siempre nuevos.

Pero nadie escribió
en la celda de mis huesos
 ni me arañó el vientre
para que el dolor
despertara
latitudes jóvenes.

Nadie.
Ni el latido de mi pena.

Ni mi pena.

El olvidado

Extendió el sobretodo,
ala de arcángel
olvidado por Dios.

Recostó su escasez
en el semblante de la calle.

Esperó por el sueño.

Y soñó con el beso
que era, apenas,

alivio de su estrago.

Templó, como niño, las rodillas.

Tomó impulso y fue
volando sin las alas,

sin Dios
y sin el beso.

Navegante de nubes

Yo soy ese marino,
navegante de nubes,
recostado en el nombre del padre
 (y de los hijos),
que asume la heredad de las estrellas
en los navíos abandonados.

Soy el que arroja la rosa de los vientos
a la profundidad tumultuosa
del desvarío.

No hay puertos en el rumbo
ni hay esperas,
sino sentencias que la urdimbre,
 en el mar,
va salpicando

los sueños de este viejo
navegante de nubes.

Va con la espalda desnuda de futuros

Va con la espalda desnuda de futuros
esquivando las penas.

Las calles
le saltan a mordiscos
en el talón del alma.

Sabe que ya no es tiempo de husmear en la vereda
donde un árbol torcido se le ofrece
sin último follaje.

Camina hacia el pan de la mañana,
acto de la endeblez final de su memoria.

No hay misiones heroicas ni brisas embestidas
por la que fue piel brillante de todas las batallas.

No hay mascarón de proa que sostenga su rumbo
sin otras esperas
más que la tierra.

Camina sobre el hueso que no es hueso
sólo jirón de calcio que sostiene
esa estirpe pulida de los años.

Va por cada esquina,
lleva

el paso plañidero de la carne,
el ojo del desgajo en el pasado

y el cansado eslabón de su clausura.

El tejido

Madre,
no sé dónde ha quedado el tejido que me diste
con la evocación de tu frente
y tu mano acariciando las agujas
que tejieron mi infancia.

Solo sé, madre, que en mi almohada
hay siempre noches,
en las que hallas mi sueño
para ser remanso de mis martirios.

Y te digo, madre,
que he de encontrar,
 en el vano del aire,
el tejido aquel con que cubriste
a mis hijos

como si fueran el hijo
colmado por tu leche
en la escalinata de ladrillos a tu casa,
 madre.

Voy

Voy, desde mis pies,
hacia el infatigable perfume de la yerbabuena
cuando la rozo
con el aire de mis manos
en un cielo recién despertado.

Voy hacia otro día.

Rojo, gris, azul y sombra

Recordando a Antonio Yutronic

(1928-1996)

**Pintor salteño, maravilloso
hacedor de la vida.**

Una pared azul se te ha bordado
en el corazón del hambre
y en tus manos
perdura la congoja
del tinte que no es muro.

Es que tu tiempo, Antonio,
es todo el tiempo
en ladrillos sin olvido
o en las apenas telas
en las que se encaraman
los colores de tu sangre
y los rostros
en la frontera de la luz.

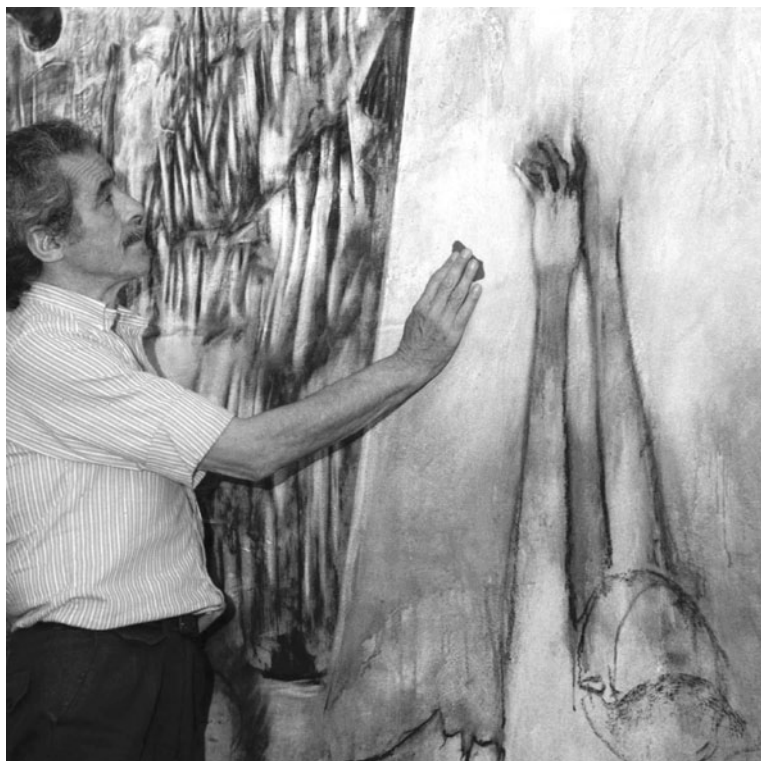
Un café, con temblores del alma,
espera por tu angustia caminante
(arrimador de carcajadas
y marinas inexistentes)
para olvidar
el desabrigo de tu niño.

¿Qué Croacia habrás llevado
en el último amago de tu piel?
¿En qué muro andará
el postrer desafío de tus ojos?

Rojo, gris, azul y sombra,
Antonio,
por los bares

junto a la definitiva risotada
de tu silencio.

*“Una pared azul se te ha bordado
en el corazón del hambre
y en tus manos
perdura la congoja
del tinte que no es muro...”*
(Rojo, gris, azul y sombra)



Sonetos



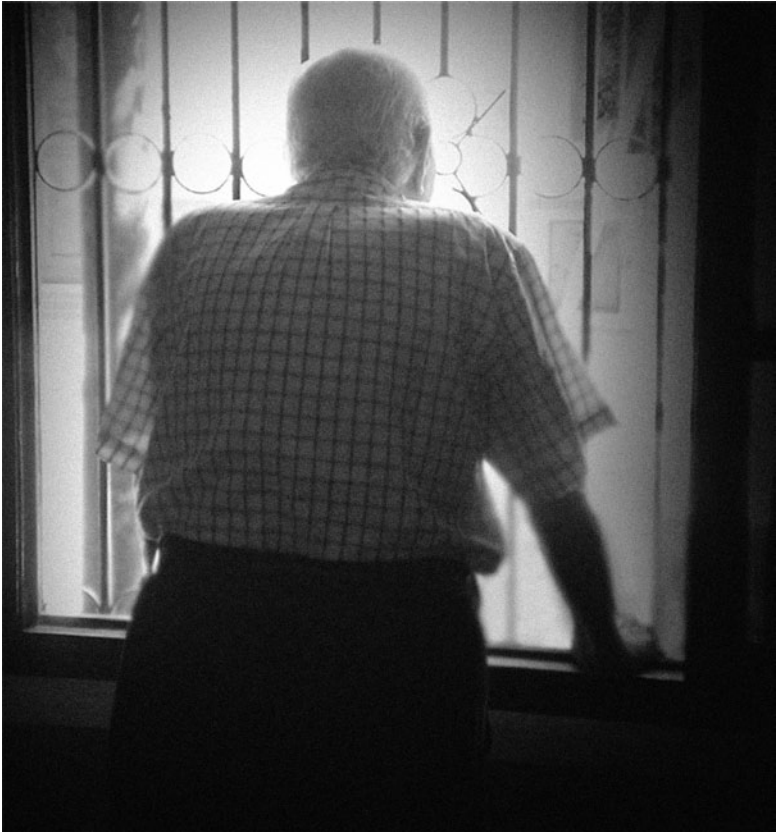
Soneto a mi padre

No puedo hallar el vértice del día
de aquel cedrón que asoma a la ventana
al lado de tu silla, en la mañana
que dejaste sin pasos, ya vacía.

Como no puedo, puede la agonía
enlazarme en la rama y, en su vana
intención del perfume que no emana,
extender el mantel de tu porfía.

Y no amanece, padre, y ya te has ido
en las últimas horas de este enero
que ha quedado sin sol, envejecido,

sin la memoria alegre del lucero
que enterneció tu noche y, despedido,
lloró sobre el cedrón, puro aguacero.



*“Y no amanece, padre, y ya te has ido
en las últimas horas de este enero...”*

(Soneto a mi padre)

Profunda eres, mujer

Profunda eres, mujer, y tan profunda
como es profunda el agua que, en el suelo,
va horadando la piel del desconsuelo
hasta encontrar tu forma, ya rotunda.

Como la extensa sábana que inunda
con su cuerpo de pájaros en vuelo,
así te ensanchas alejando el duelo
para ampliar con tu sangre que fecunda

toda la dimensión de mi impaciencia.
Y siendo tan profunda sinfonía
como la evolución de tu partida

que horada y que desgarrar mi conciencia,
con tu profundidad en mi agonía
profundamente creces en mi herida.

El pan amanecido

Como el caliente pan amanecido
huelen tus manos, madre, en la asombrada
mesa de la cocina, iluminada
de cenizas y harina en tu vestido.

En el horno que aviva su alarido
se cuece la porción ilusionada
de mi infancia cansina, hoy desgajada
por la razón del tiempo, compungido.

El aceite en el pan guarda la historia
que enciende tu presencia por la masa.
Sabe a nostalgia, digo, posesoria

de aquella antigua luz que, de la brasa,
creció sobre la mesa, invocatoria,
de tu cariño, madre, en esta casa.

Siesta

El hervor de la tarde con el pleno
diapasón de chicharras en la siesta,
me recuerda al deleite de la fiesta
recibiendo la savia del sereno.

El bandoneón que cae sobre el seno,
rumbo de manos con la sombra enhiesta,
abre un sabor que al sol se manifiesta
cuando se alegra el vino en su relleno.

Y viene el cielo con fervor de nube
a calcinarse en piedra por las pieles.
Blancas las coplas del hervor que sube

fundiéndose al calor del calicanto,
atosigando el aire con las fieles
oquedades de lágrimas sin llanto.



La piedra yace



Así te quiero

Te quiero en la imposible
saciedad de los tiempos.

Guardo tu nombre en los secretos
de mi anudado gesto sobre el rostro
que, al fin,
como un paciente acto de entereza,
me aliviana la frente con que dudo.

Por eso es que te quiero en el martirio
de las venas vencidas
y en la feliz secuencia de la lluvia
sobre el brillante espejo de tu cuerpo.

Porque la piedra yace,
yace el gesto
en la humedad del surco,
y en el vientre
descansan los espacios que no tengo
y el mar que no navego.

Y así te quiero,
así,
como en el hambre
del niño que encendí sobre tu pecho.

El ángel

A Alejandro Ahuerma

Entonces,
se acercó el ángel a convidarte
un espacio en sus manos
y un caramelo de frutas
dejado en la final melodía del mundo.

Te aventó,
con la foto,
el fantasma de todos los silencios
y te dejó la pluma de un recuerdo
en la mansión de tu niñez.

Y puso por delante de las pieles
el rojo de las noches
y el amor en las paredes.

Y cada imagen tuya fue su imagen
asombrando dolores
o enardeciendo la envoltura de las sábanas
donde pasaron el amor y la porfía

para no ser textura sino piel,
fulgor
de ángel en sepia.

Ausencia

Ando por el pasillo de mi pena
con el ojo de la ventana
acechando el agua de la quedada lluvia.

Cuando cesan los vientos,
busco el anhelo
con que afrontas el sol.

Pero no crece nada en las venas de mis manos
que han quedado, ya secas,
sin las tibiezas de tu sangre.

Inútil es la mirada por tu ausencia
como es sombrío el algodón que cubre
el rasguño final,
la flor siniestra
que brota en la hendidura de mis sueños.

Y con la lejanía por frontera,
ando con la viudez de mi vigilia
volviéndome al pasillo,

al sombrío pasillo de mi pena.

El árbol

Ella es ese árbol que guarda mis días,
dándome la sombra
que apacigua mi tránsito.

Tiene la altura del ciprés,
la mirada del roble,
el color del ceibo
y la dulzura del sereno.

Ella es el árbol
 donde se enciende
mi piel agotada,
mi cuello quebrado
y mis ojos
 sin los asombros
de las auroras.

Ella es el abrazo de la tierra,
mi escondida raíz,
 el fresco de mis sienes,

mi despedida.

Simiente

Hundo mis despojos
en la desesperación de tu stirpe,
hollando no sé cuáles pasados,
buscando el viento de los días
de una tierra hecha carne
en tus vestigios.

Es una sola sangre
recibiendo mis manos,
envueltas
en la dimensión
de todos los espacios vacíos,
sin la brutal,
siquiera,
hecatombe del fin.

Ha crecido la albahaca

Ha crecido la albahaca
y ha crecido
el rumor de la lluvia en tus cabellos.

Si el cielo que te admira con el trueno
entrecierra de aromas y de azogue
este latido mío,
quiere decir,
entonces,
que has llegado
al curso de mi sangre.

Vamos así,
por el verano,
vamos
haciendo de las frutas el camino
al interior del nido acalorado

y un sabor
y una rama
y un latido

para yacer,
solicito,
en tu cuello.

Encendido sol

Ella tuvo el coraje de ser colina,
altura de todo mi aire.

Fue quien derramó las nubes
y enterneció el calor de la hierba
y el acecho del árbol silencioso.

Ella amarró a sus brazos
la sangre en su demanda
y madrugó en los labios
el beso del susurro.

Ella tuvo que ser, nomás, lo sido:
olvido de todos los horrores,
palabra de un encendido sol.



“Ella tuvo que ser, nomás, lo sido...”

(Encendido sol)

Jazmín de ausencia

Sabes que aquel jazmín
ya no es jazmín.

Ni siquiera es aroma,
 por ser
tan puro olvido
y solamente sol
en el doliente horizonte del oeste.

Porque el vino está solo por las noches
donde el jazmín es pena.

Sola la pena,
 y sola,
de tanta ausencia.

El día

Ella era el día.

Me colocó un rayo de sol en la sien
y me disparó dos labios.

Fue el fin de mi único geranio,
arrancado
desde el centro mismo del universo.

Ella era el día
cegando no sé qué oscuridades.

Era mi día.
Mi desayuno.
Mi ventana.

Y el umbral de mi puerta
donde le di el primer beso.



*“Me colocó un rayo de sol en la sien
y me disparó dos labios...”*

(El día)

Vanidad

Me envanezco de vivir
en el latifundio de tu cuerpo,
con la correspondencia de las aves
sobre la corona de tu vientre.

Me envanezco,
entonces,
y me perfumeo
con el olivo de un zarcillo
prendido de tus ojos.

En la cumbre de tu proa,
languideciendo de mares,
beso el horizonte de todas tus distancias
con el dejo del niño
y del anciano
que soy y que no he sido.

¡Cuánto oropel perdido
antes de tu territorio
en el dominio de mi espasmo!

¡Y cuánto,
al fin,
la vanidad de mi respiro
se ha nutrido de tu ave vigorosa!

Ella está

Ella está, al fin,
en el umbral
de mi rincón.

Usa el terciopelo de la noche
y el jazmín de arroz
para cubrirse.

Enreda el dolor de mis cabellos
en sus manos
y arroja el brillo de sus ojos
sobre mi pecho,
adormeciendo
mi agotada latitud.

Ella está, entonces,
en mi sábana,

bordándome el suspiro
de mi último poema.

El rayo

El rayo que cruza
por la rara extensión de tu silueta,
 alumbra
el vértice preciso de tu agonía.

En la templanza del océano,
tu columna se levanta
como una catedral impura,
 donde el ara recibe
la vertiente de tu sangre
en el penúltimo cáliz
antes de la mañana.

Ni los golpes de la congoja ensombrecen
al rayo que cruza,
cuando se desgrana,
 a latidos,
toda la enormidad del mundo

en el jirón de tela que sostiene
tu sudor redimido.

Tristeza

Encontré una tristeza
al borde de la calle,
meciéndose en el derrumbe.

La tomé por la cintura
y la llevé,
 caminando,
hasta mi casa

que,
desde entonces,
ya no he vuelto a abrir.

Índice

Dedicatorias	5
Las líneas de un poeta	7
Latidos	9
Mi oficio	11
Edad.....	13
El barco.....	15
Dos de noviembre	17
Las últimas pisadas.....	19
El bolsillo.....	21
Niño	23
El hambre	25
Pena	29
El olvidado.....	31
Navegante de nubes	33
El tejido.....	37
Voy	39
Rojo, gris, azul y sombra.....	41
Hacia el abismo	45
Sonetos	47
Soneto a mi padre	49
Profunda eres, mujer	53
El pan amanecido.....	55
Siesta	57
La piedra yace	59
Así te quiero	61
El ángel	63

Ausencia	65
El árbol	67
Simiente.....	69
Ha crecido la albahaca	71
Encendido sol	73
Jazmín de ausencia	77
El día.....	79
Vanidad.....	83
Ella está	85
El rayo.....	87
Tristeza	89

Se terminó de imprimir
en el mes de octubre de 2015,
con el esfuerzo de los últimos
pájaros en el pecho.

Otras publicaciones
del autor:

Los Ruidos Ajenos
(Poemas)
Tunparenda Ediciones
(1983)

Voces de Sombras
(Poemas)
Círculo Amigo Editor
(2007)



En preparación:

Capítulo I
(Novela)



Nelson Francisco Muloni nació en San Salvador de Jujuy el 7 de diciembre de 1948.

Reside en la ciudad de Salta desde 1973.

Es poeta, escritor, periodista y músico.

Publicó tres libros de poesía y está escribiendo una novela sobre la violencia en la década del '70, ambientada en Salta. Como músico, integró varios conjuntos vocales e instrumentales en Jujuy y Salta. En el periodismo, se desempeñó en diversos medios de comunicación escritos, radiales y televisivos en ambas provincias, dirigiendo, además, publicaciones bibliográficas y de opinión política. Actualmente dirige una agencia de noticias en Internet.